



+6 de agosto de 2024

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Que la paz del Señor esté con cada uno de ustedes.

Hace un año, viajé con una delegación de Seattle y de la Arquidiócesis de Santa Fe a los lugares precisos donde cayeron las bombas nucleares en Hiroshima y Nagasaki. Fuimos parte de una peregrinación de paz a Japón dirigida por el arzobispo John Wester, de Santa Fe. El arzobispo Wester se ha dedicado a arrojar luz sobre el desarme nuclear y a pedir un cambio en todo Estados Unidos. Él fue quien me invitó a esta peregrinación, porque también yo me he dedicado a abogar por la paz, y aquí en la Arquidiócesis de Seattle, tenemos el mayor arsenal de armas nucleares, ubicado en submarinos en el condado de Kitsap.

Las ceremonias de conmemoración en Japón también me inspiraron por el compromiso de tantas personas que se han dedicado a la causa del desarme nuclear.

Juntos nos embarcamos en una peregrinación para profundizar nuestra comprensión de la devastación de las armas nucleares, forjar alianzas con los obispos de Japón que comparten nuestro deseo urgente de paz, y para hacernos eco del llamado a la paz de Jesucristo. Por favor, lea más sobre la Peregrinación por la Paz en este [folleto digital](#) y vea nuestra [carta conjunta de invitación](#) a otras organizaciones religiosas para que se unan a la Alianza para un Mundo sin Armas Nucleares.

La devastación, física, emocional y ecológica, de estas dos bombas nucleares primitivas fue realmente horrible. Las palabras no pueden describir completamente la poderosa experiencia que yo, junto con mis compañeros peregrinos, tuve al visitar estos sitios. Saber que seguimos fabricando estas armas, refinando su poder destructivo, es más que alarmante. Las numerosas armas nucleares de hoy tienen el poder de destruir completamente nuestro planeta y nuestra familia humana. Completamente. Sin embargo, hacemos muy poco para abogar por esto. Es un pecado hacer oídos sordos a esta realidad. El papa Francisco va aún más lejos al afirmar: "El uso de armas nucleares, así como su mera posesión, es inmoral".

Enterarme del dolor y el sufrimiento inimaginables de los supervivientes, conocidos como Hibakusha, que lo perdieron todo en ese destello de luz, consolidó mi determinación de advertir sobre este problema y promover el llamado de atención a la paz.

Soy consciente de que el desarme nuclear es una cuestión complicada, y puede ser difícil para algunos comprender por qué debemos hacer algo ahora, especialmente cuando somos testigos de la devastación en Ucrania. Les aseguro que no hay mejor momento que ahora.

Al dirigirse a los diplomáticos acreditados ante la Santa Sede en enero, el papa Francisco declaró: "Afirmo una vez más la inmoralidad de fabricar y poseer armas nucleares".

En un discurso pronunciado el pasado mes de septiembre ante las Naciones Unidas, el embajador del Vaticano, el arzobispo Paul Gallagher, señaló que "el riesgo de una guerra nuclear es mayor que en generaciones pasadas, con amenazas desmesuradas de uso de armas nucleares en la incesante carrera armamentista. ... El mundo debe cambiar de rumbo. El papa Francisco insiste en que 'el objetivo final de la eliminación total de las armas nucleares se convierte tanto en un desafío como en un imperativo moral y humanitario'".

¿Cómo podemos responder a este imperativo moral y humanitario?

Jesucristo nos dio el don de la paz y hoy animo a cada uno de ustedes, que están leyendo esto, a reflexionar sobre lo que eso significa para cada uno. Si bien es cierto que podemos hacer más para abogar por un mundo sin armas nucleares, que es la base y el objetivo de nuestra asociación con los obispos de Japón, debemos empezar por nuestros propios corazones.

La paz en nuestro mundo comienza con cada uno de nosotros como individuos. La paz está enraizada en nuestra relación con Dios. Como dice el Libro de los Jueces, "el Señor es la paz" (Jueces 6, 24). La paz arraigada en Dios se extiende a nuestras relaciones, dentro de nuestras propias familias y en nuestras comunidades. La paz se nutre a través de nosotros en el trabajo, en el supermercado, mientras estamos sentados en el tráfico y en todos los momentos más comunes de nuestras vidas cotidianas. La paz es un diálogo respetuoso. La paz es unidad. La paz es inclusión. La paz consiste en querer conocer acerca de las personas que son diferentes de ti. Hay muchos rostros de paz, y tenemos la oportunidad de reflejar cada uno de ellos mientras vivimos la alegría del Evangelio cada día.

Celebraremos una Misa anual por la Paz al mediodía del 9 de agosto en la Catedral St. James, y esta es una invitación personal a cada uno de ustedes. Vengan a orar con nosotros como una comunidad audaz que pide la paz mientras recordamos a todos los afectados por las armas nucleares. Como siempre, permanezco,

En el Corazón de Cristo,



Rvdmo. Paul D. Etienne, DD, STL, Arzobispo de Seattle